

Ignacio Guzmán Betancourt

Chimalhuacán-Chalco (Chímal) en la historia*

... en esta ocasión pretendieron tenerle los superiores, con llevar a México a los padres que por cabezas de la comoción, podían serlo de las mayores provincias del mundo, y al padre Fr. Antonio de la Serna asignarlo en el retiro y soledad de Chimalhuacanchalco, porque ocupase su brío y actividad en la halda frondosa y opaca de una montaña vecina.

Fray Francisco de Burgoa, *Palestra Historial*, cap. XXII.

La celebridad histórica de un sitio puede deberse a uno o a varios factores que ocurren o concurren en un momento dado o se suceden a través del tiempo. Éste que ahora nos ocupa, Chímal, pareciera que su notoriedad en la historia se debe ante todo al acaecimiento de un suceso bastante singular, como efectivamente lo fue el bautismo en su parroquia de San Vicente Ferrer, el

* Conferencia impartida por el autor en el ex convento de San Vicente Ferrer de Chimalhuacán-Chalco (Chímal) el 11 de noviembre de 1995 en el marco de las Jornadas Sorjuanistas organizadas por el Instituto Mexiquense de Cultura.

2 de diciembre de 1648, de uno de los más elevados y preclaros autores de las letras hispánicas y universales, la que en el siglo llevara el nombre de Juana Inés de Asbaje y Ramírez de Santillana, por nombre religioso Sor Juana Inés de la Cruz o, para otros, la "Décima Musa".

Ciertamente este hecho podría bastar por sí mismo para explicar el renombre de esta población mexiquense, fama que ha venido a acrecentar la recordación del tercer centenario luctuoso del también llamado Fénix Novohispano. Pero, en realidad, éste es tan sólo uno de muchos eventos importantes en los que Chímal ha sido asimismo digno escenario.

Y es precisamente el objetivo que nos hemos fijado hoy, al intentar hacer un recorrido por las páginas de la historia y de las crónicas en que el nombre de Chímal o Chimalhuacán-Chalco, ha quedado indeleblemente grabado.

Comencemos desde el principio, mencionando algunas cuestiones referentes a las formas *Chímal* y *Chimalhuacán* con que usualmente se designa a este lugar.

Existían desde la época prehispánica dos poblaciones del llamado Valle

de México que, casualmente, ostentaban el mismo nombre de Chimalhuacán; pero, evidentemente, diferían ambas en muchos conceptos. Una de ellas, por ejemplo, era lacustre, pues estaba situada en la ribera sureste del lago de Tezcoco; la otra, serrana, fundada en las estribaciones del volcán Popocatepetl. Estas poblaciones debieron fundarse en época bastante antigua, por una u otra de las muchas tribus nahuas habitantes de la región, ya que dicho nombre es de origen náhuatl. Su etimología, en efecto, no opone mayores dificultades; al contrario, es bastante transparente, pues está formado de la raíz *Cbimal-* del sustantivo *cbimalli*, "adarga, escudo, rodela", más los elementos *-hua* y *-can* que indican respectivamente posesión y locación: "lugar donde tienen...", "lugar de los que tienen...". De acuerdo con esto *Cbimal-hua-can* puede traducirse en español por "el lugar donde tienen adargas, escudos o rodelas".

Volviendo a la duplicidad del nombre, se puede señalar que los nahuas, y en particular los aztecas o mexicas, tenían muy acentuada la costumbre de repetir los nombres geográficos; es de

cir, aplicar una misma designación a diferentes poblaciones o lugares. Esto se debía, quizás, al hecho de que la formación de tales nombres obedecía por lo regular a descripciones de los sitios, dependientes de la existencia o predominio de algún rasgo natural o elemento material en el sitio mismo o en su contorno. Determinado árbol o grupo de árboles, arbusto, animal, objeto, producto, construcción, tipo de suelo, clase de terreno, etcétera, o incluso cierta actividad o función de algo o alguien, podían ser fuente para la creación de los nombres propios de lugar. De ahí que, por ser eminentemente descriptivos, éstos se repitieran con frecuencia, de acuerdo con la realidad que los motivó. Raras veces, por no decir jamás, los nahuas se sirvieron de nombres de personas para designar sitios, como algunos quieren que sea.

Evidentemente, para evitar molestas ambivalencias tenían los nahuas, ciertos recursos como, por ejemplo, se observa en estos Chimalhuacanes. Al lacustre solía distinguírsele mediante la posposición de las palabras *Atenco* o *Atoyac* que quieren decir, respectivamente, "a la orilla del agua" y "el río", por lo cual puede aparecer en los documentos ya como Chimalhuacan Atenco, ya como Chimalhuacan Atoyac. Al serrano, en cambio, se le individualizaba remitiéndolo a su condición de sujeto de los señoríos o cacicazgos a los que llegó a pertenecer, y por esto lo encontramos ora como Xochimilco Chimalhuacan, como figura en la obra del historiador indígena Chimalpahin Cuauhtlehuanitzin, o bien Chimalhuacan Chalco, que es la forma más empleada en los documentos coloniales y obras históricas.

A raíz de la dominación española se impone una nueva costumbre, que es la de anteponer a los nombres aborígenes el nombre de algún santo cristiano

(generalmente el del santo o santa venerados en la iglesia principal del lugar), procedimiento que también sirvió para deshacer la ambigüedad ocasionada por la repetición de nombres: así, Chimalhuacan Atenco o Atoyac devino San Andrés Chimalhuacán, y sería de esperar lo mismo con nuestro Xochimilco Chimalhuacan o Chimalhuacan Chalco que debería ser, según la tendencia, San Vicente Chimalhuacán, pero esto no ocurrió ya que el pueblo continuó designándose con el tradicional Chimalhuacan Chalco, como lo demuestra la inscripción que se encuentra en el monumento que está a la entrada del poblado, fechada en 1798. Los cronistas dominicos fray Agustín Dávila Padilla y fray Francisco de Burgoa escriben incluso a veces los dos nombres juntos: Chimalhuacanchalco.

Ahora bien, suele suceder que los nombres de lugar y de personas que resultan un poco extensos a los hablantes, tiendan éstos a abreviarlos en la conversación familiar: *Neza*, *Tepa*, *Juchí*, etc.; aunque también pueden apocarse por otras razones como, por ejemplo, para evitar la hominimia o, incluso, para eliminar de la palabra algún elemento que de algún modo resulte incómodo. Así, Nepantla debió abandonar el prefijo *Tlal-* seguramente para evitar equívocos con la otra Tlalnepantla; pero Tláhuac probablemente dio de baja al suyo, *Cuítla-* debido a su incómoda y bochornosa referencia al excremento.

Pero he aquí que en concreto este Chimalhuacán en algún momento liberó sus sufijos *-hua-can* tal vez no sólo para abreviar el nombre relativamente largo, sino también para evitar confusión con el otro; ello probablemente ocurrió en el transcurso de la segunda mitad del siglo XIX, pues ya a finales de ese siglo la forma *Chimal* es la que registran los abogados e historiadores Ma-

nuel de Olaguibel y Cecilio Robelo en sus libros acerca de los nombres geográficos del Estado de México, publicados respectivamente en 1898 y 1900, y es la forma que registra Antonio García Cubas en su *Diccionario geográfico, histórico y biográfico de los Estados Unidos Mexicanos* (1888-1891).

Ahora bien, no se sabe exactamente cuándo se fundó esta población prehispánica, pero podemos conjeturar que su antigüedad es considerable, aunque en realidad quedan escasos vestigios de su pasado remoto. Muy a principios del siglo XVI, cuando llegan a la región los primeros españoles, Chimalhuacán Chalco era una comunidad perfectamente desarrollada y bien organizada social, política y culturalmente, como lo demuestran las crónicas de los conquistadores y los documentos que más tarde se escribieron. Es más, se sabe que el pueblo en cuestión disfrutaba en la comarca de un estatus político privilegiado e incluso de considerable importancia pues, aunque dependiente del señorío de Chalco, su posición en él era la de uno de los cuatro "estados" o cacicazgos semiautónomos que integraban dicho señorío. Los otros distritos eran: Tlalmanalco, Amecameca y Tenanco-Tepopolla. En concreto, Chimalhuacan ejercía dominio sobre los poblados vecinos como Tepetlixpan, Mamalhuazocan, Atzompa y Ecatzinco.

Durante buena parte de la época colonial Chimalhuacán mantuvo su categoría de cabecera distrital o de partido, apoyada por las autoridades civiles y eclesiásticas del virreinato, como lo demuestra, por ejemplo, el testimonio del historiador y matemático José Antonio Villaseñor y Sánchez, quien en su obra *Theatro americano* (publicada en 1748), apunta: "El pueblo y cabecera de Chimalhuacán, distante cinco leguas a la parte norte de la principal [Chalco], tiene 166 familias de indios. con su go-

bernador y república y convento de Santo Domingo...” A partir de cierto momento su importancia fue decreciendo paulatinamente, a medida que se fueron desarrollando por su cuenta sus antiguas dependencias, hasta llegar a la situación de inercia en la que ahora se encuentra. García Cubas en su *Diccionario geográfico, histórico y biográfico* (1888-1891) reporta en Chimaltan sólo 652 habitantes; en la actualidad (1995) su población se calcula entre 3 500 y 4 000 personas.

Chimalhuacán-Chalco entró tempranamente en la historia de Nueva España, pues dio la casualidad de que por aquí transitaran a partir del verano de 1519 las huestes españolas en su ruta hacia el encuentro de la codiciada capital de los mexicas, la gran Mexico-Tenochtitlan.

En concreto, los primeros en poner por aquí sus pies fueron los capitanes Pedro de Alvarado y Bernardino Vázquez de Tapia, quienes habían sido enviados por Hernán Cortés desde Tlaxcala bajo la guía de unos mensajeros de Moctezuma, para identificar el camino y observar de cerca la poderosa metrópoli lacustre. Los mensajeros del poderoso y temido emperador condujeron a pie a los capitanes a través de una ruta por la que tocaron Cholula, Huaquechula, Tochimilco, Tetela, Ocuítuco, Jumiltepec, Chimalhuacán, Amecameca, y finalmente, Texcoco, en donde un retén tenochca les impidió seguir adelante. Vázquez de Tapia escribió años más tarde (1542-1546) una *relación* en donde narra con cierta puntualidad esta experiencia. Veamos un fragmento de su relato:

Y nos llevaron [los mensajeros de Moctezuma] hasta Cholula... Desde Cholula nos llevaron a Guaquichula [Huaquechula] y porque los de Guaquichula eran amigos y confederados de los de



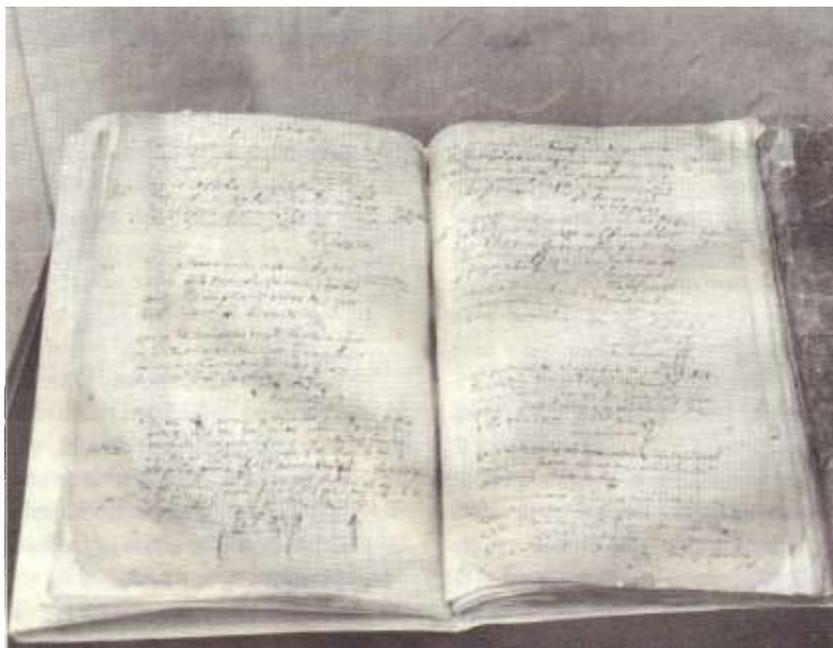
Parroquia de San Vicente Ferrer.

Tlaxcala, y habíamos de ir por mucha parte de tierra y pueblos de Guaxotzingo [Huejotzingo], de temor que nos saliese a nosotros y nos matasen los de Montezuma que iban con nosotros, dejaron el camino y sin vereda nos llevaron atravesando y rodeando por unos montes y sierras, que con muy gran trabajo llegamos a Guaquichula. De allí nos llevaron a Tochimilco, el pueblo que [después de la conquista] era de Juan Rodríguez de Ocaña; de ahí a Tetela, pueblo que era de Pedro Sánchez; de ahí a Tenantepeque [¿Tenanco-Tepopolla?], pueblo de Francisco Solís; de allí a Ocuítuco, pueblo que era del señor obispo de México; de ahí a

Chimaloacan [Chimalhuacan]. pueblo que era de Escobar; y de allí a Sumiltepeque [Jumiltepec]; y de allí a Amecameca; y de allí a Tezcuco, a donde Montezuma envió a siete señores, entre los cuales fue su hijo Chimalpopoca, y un hermano que fue el que comenzó la guerra [Cuitláhuac] y otros, y dijéronnos que Montezuma estaba malo y en una ciudad cercada de agua, que ni podíamos entrar a él ni verle sin gran peligro nuestro; que nos volviésemos, y que allí entre ellos venían tres señores que irían con nosotros a hablar al capitán. Y viendo aquello y que era por demás porfiar, nos volvimos por el mismo camino.



Pila bautismal de la iglesia, donde fue bautizada Sor Juana.



Acta de nacimiento de Sor Juana.

Muchas otras oportunidades tendrían de volver por aquí los soldados españoles, incluido el propio Hernán Cortés y su célebre capitán y cronista Bernal Díaz del Castillo, quien en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* menciona varias veces el nombre de Chimalhuacán, que escribe Chimaloacan/Chimaluacan. Cortés, por su parte, no alude a esta población en sus detalladas *Cartas de Relación*, a pesar de que en la actualidad algunas personas aseguran que aquí hizo construir un “hospital de sangre” para asistir a los soldados heridos en las guerras de conquista.

Conviene mencionar que tanto el cacicazgo de Chimalhuacan y sus sujetos, como los demás señoríos dependientes de Chalco, no fueron hostiles a los invasores, a pesar de estar controlados por tlatoanis o gobernadores militares impuestos por los mexica desde la época de Tízoc y Ahuítzotl (1480). Al contrario, los nativos de esta región se declararon muy pronto aliados de los españoles, al grado de que, según testimonio de Bernal Díaz, cuando murió de viruelas el señor de Chalco alrededor de 1520, es decir, antes de la toma de Tenochtitlan, éste había encomendado encarecidamente a sus principales que llevaran a sus dos hijos varones ante el *teúl* Cortés para que fuera él quien los invistiera como gobernantes de la provincia, encargo que Cortés ejecutó, dándole al mayor de ellos la mitad del cacicazgo con la capital Chalco, y al menor los señoríos de Tlalmanalco, Chimalhuacán, Ayotzingo y otros pueblos.

Otro dato interesante que proporciona Bernal Díaz en relación con Chimalhuacán se halla en el capítulo CXLIV de su *Historia*. Ahí leemos:

Y otro día fuimos a dormir a otro pueblo sujeto del mismo Chalco, que se di-

ce Chimaluacán, y allí vinieron más de veinte mil amigos, así de Chalco y Tezcucuo y Guaxocinco, y los tlaxcaltecas y otros pueblos, y vinieron tantos que en todas las entradas que yo había ido después que en la Nueva España entré, nunca tanta gente de guerra de nuestros amigos fueron como ahora en nuestra compañía. Ya he dicho otra vez que iba tanta multitud de ellos a causa de los despojos que habían de haber, y lo más cierto por hartarse de carne humana, si hubiese batallas, porque bien sabían que las había de haber...

[Pero] dejemos esta plática y volvamos a nuestra relación. Que en aquella sazón se tuvo nueva que estaban en un llano cerca de allí aguardando muchos escuadrones y capitánías de mexicanos y sus aliados, todos de aquellas comarcas, para pelear con nosotros, y Cortés nos aperció que fuésemos muy alerta. Y salimos de aquel pueblo donde dormimos, que se dice Chimaluacán, después de haber oído misa [dicha por el fraile Pedro Melgarejo], que fue bien de mañana, y con mucho concierto fuimos caminando...

Ahora bien, este relato de Bernal Díaz ocasionó cierta confusión entre historiadores posteriores. Así, el señor cura Fortino Hipólito Vera relata una versión muy distorsionada y disparatada del suceso, en su libro *Itinerario parroquial del Arzobispado de México* (Amecameca, 1880), pues en el artículo que dedica a "Chimalhuacán Chalco", refiere:

Al pasar por este pueblo D. Fernando Cortés, Chimalpopoca, señor de este pueblo, le ofreció más de 20 000 chimaltecos, que auxiliaron a las armas españolas en las difíciles conquistas de Huastepec, Yauteppec, Xiutepec, de Cuauhnahuac, Xochimilco. Colloan, Tlacopan y la famosa Tenochtitlan.

Ignoramos de quién tomó estos erróneos datos el vicario de Amecameca;

pero, comoquiera que sea, he aquí un ejemplo de cómo una lectura descuidada (en este caso, de la *Historia* de Bernal Díaz) afecta la veracidad de los hechos históricos.

Pues bien, todo lo hasta aquí dicho justifica la intromisión de Chimal en la historia prehispánica de la cuenca de México y en la de los primeros años de la Conquista. Pero hay otro aspecto tal vez de mayor importancia, y es el que se refiere al establecimiento en sus solares de una residencia dominica en el año de 1528, es decir, a tan sólo siete años de la derrota de Tenochtitlan por los españoles, y a dos años de la llegada de los frailes de la orden de Santo Domingo a Nueva España.

En efecto, la decisión de los recién llegados de fundar aquí un pequeño convento produjo, entre muchos otros resultados, el que el antiguo pueblo prehispánico se engalanara con uno de los monumentos más notables del arte hispanoamericano.

Los padres dominicos llegaron a la ciudad de México en el transcurso de 1526, fundando ahí casi de inmediato el convento de Santo Domingo; poco más tarde, y a pesar del reducido número de frailes que tenía entonces la orden en México, sintieron la necesidad de comenzar a extender sus dominios con el fin de predicar entre los indios, labor que los franciscanos habían iniciado dos años antes.

Así, la primera casa conventual que fundan fuera de México ocurre en Oaxtepec, lugar que eligieron no sólo por sus características climáticas, sino también por ser pueblo de indios hablantes de náhuatl o mexicano, lengua que deseaban aprender para predicar en ella y convertir al resto de sus numerosos hablantes diseminados por doquier. Al respecto, fray Agustín Dávila Padilla comenta:

Comenzóse a divulgar por toda España el servicio grande que a Dios hacían los frailes [dominicos] en esta tierra, y vinieron a ella algunos de sus provincias, haciendo ya tanto número en México, que al vicario general le pareció tiempo de dilatar la provincia y fundar nuevas casas en ella. Envió [fray Domingo de Betanzos] frailes a Oaxtepec, pueblo muy sano, diez leguas de México, para que tomasen casa y aprendiesen la lengua mexicana y doctrinasen a los indios, como hicieron. Esta fue la primera casa que la provincia tuvo en pueblo de indios. Luego se fundó la de Chimaloacan Chalco, y la de Coyoacán, y en breve tiempo se fundaron muchas con grande fruto de las almas y dilatación del Evangelio.

En el transcurso de 1528, pues, deciden establecerse en Chimalhuacán Chalco, y desde aquí comenzarán a extender su dominio eclesiástico cada vez más hacia el sur de la Nueva España, dominando notablemente en las regiones de los actuales estados de Oaxaca y Chiapas.

Se ignora por qué eligieron en concreto Chimalhuacán para fundar su segunda casa conventual en pueblo de indios, aunque puede conjeturarse que fue debido, por una parte, a la inexistencia de acción evangelizadora en el área, y por otra, a la importancia del lugar como cabecera de partido y a sus posibilidades de sustento.

No se sabe tampoco la razón que tuvieron para construir la iglesia y el convento en el lugar en que se fundaron. Sin embargo, se puede sospechar que su elección estuvo determinada por ser el sitio donde probablemente existía el principal centro ceremonial indígena, como era ya la costumbre.

Así, el conjunto arquitectónico adoptó una orientación un tanto extraña con respecto a la distribución espacial del núcleo urbano, pues quedaba a sus espaldas y no en el centro o en otro lu-

gar más estratégico del poblado. Ha reparado en esta circunstancia el señor José Rogelio Álvarez, quien en su libro *El patrimonio cultural del Estado de México*, comenta al respecto:

Chimalhuacán Chalco es un asentamiento formado por una sucesión de huertas que se ha organizado más abriéndose al paisaje y a los espacios circundantes que a una plaza o a una traza urbana. En esta perspectiva, parece lógico que la parroquia de San Vicente Ferrer comparta su área con el paisaje que se abre hacia el poniente en lugar de hacerlo con las edificaciones que normalmente se ubican en las cercanías de las iglesias. Su influencia sobre el resto de la población es, en cierto modo, consecuencia de las consideraciones anteriores, pues la torre, el elemento más presente en las distancias por su verticalidad, aparece sólo compartiendo la espesura de los árboles del atrio. Se antoja discutible, sin embargo, que no se haya restituido a la portada del atrio su antiguo carácter, en especial ahora que la vía del ferrocarril que propició su cancelación ha caído en desuso.

La construcción de esta majestuosa y singular obra arquitectónica y artística debió comenzarse hacia finales de 1528, según conjeturan los historiadores a partir de un proyecto o plan trazado, por el fraile toledano Miguel de Zamora (?-1574), pues según el primer cronista importante de los dominicos novohispanos, fray Agustín Dávila Padilla, dicho fraile tenía conocimientos de ingeniería hidráulica, y seguramente también de arquitectura, ya que a él se debió el suministro de agua potable tanto al convento de Oaxaca como al de Chimalhuacán: "Era ingenioso, y trajo el agua al Convento de Oaxaca, y a Chimalhuacán; ocupose en obras de Arquitectura, y en otros ejercicios de cuidado y trabajo, que para él eran de gusto y aprovechamiento". (Lib. II, cap. xxxiv).

Se ignora cuánto tiempo se invirtió en su construcción, aunque hay un dato que puede ser muy revelador en este sentido, y se refiere a la fecha que está inscrita en la pila bautismal, que corresponde a 1542: ANNO. DNI. MQXLII. PONTIFICANTE. PAVLO TERTIO. AD LAVDEM DEI. Si fuese éste el año que marca el término de la obra, se emplearían entonces alrededor de 13 años en la edificación casi total del conjunto iglesia-convento, pues los expertos en arte colonial sostienen que la torre que remata al templo es de fecha muy posterior. Sin embargo, el mencionado padre Vera apunta en el artículo que dedica al sitio que ya para 1538 el convento de San Vicente Chimalhuacán ocupaba el cuarto lugar en importancia entre las casas de la orden de Santo Domingo, lo cual quiere decir que para esa fecha la construcción estaría del todo terminada. Y ya que hemos aludido a la pila bautismal de esta parroquia, no está por demás mencionar que los especialistas la celebran como uno de los ejemplares más interesantes y bellos de cuantas se esculpieron en el periodo colonial.

La gran mayoría de los historiadores del arte y la arquitectura de Nueva España han fijado su atención en este antiguo y sobresaliente testimonio de nuestra historia. Todos ellos, por cierto, coinciden en destacar y ponderar el valor, la originalidad y los múltiples méritos de este primitivo testimonio de la vida material y espiritual de los turbulentos inicios de la dominación española y de los orígenes de nuestra peculiar nacionalidad.

Una excelente descripción de las características de la portada de la iglesia la ofrece la doctora Elisa Vargas Lugo en su libro *Portadas religiosas de México*:

La portada de la iglesia de Chimalhuacán, cuya fundación data de 1528, es

uno de los más bellos ejemplares; el arco de su puerta es escarzano y está acompañado de pilastras planas sobre las cuales arranca un alfiz que forma un cuadro sobre la portada sin llegar a cerrarse completamente en su parte superior; flores y dibujos palmeados adornan las jambas y follajes de la arquivuelta, y en la clave aparece el anagrama de Cristo. La superficie que queda comprendida dentro del alfiz está cubierta con una red tejida con anchas franjas lisas y en cada uno de los intersticios resplandece una especie de estrella; sobre este lujoso petatillo hay —en las enjutas—, medallones circulares con la cruz dominicana y en las esquinas superiores de la composición, escudos. Probablemente el autor de esta obra, que presenta un diseño culto, haya sido fray Miguel de Zamora.

Cabe añadir que las estrellas aluden al fundador de la orden, Santo Domingo de Guzmán, ya que con frecuencia se le representaba con una estrella en la frente o en el pecho. Otro tanto se puede decir de las cruces flordelidas del emblema dominico, que provienen de la heráldica de los Guzmanes.

Acerca del "estilo" de dicha portada, conviene señalar que aunque muchos especialistas la clasifican en términos generales como "plateresca" o "plateresca popular", otros prefieren catalogarla bajo el concepto de *tequitqui*, palabra náhuatl introducida por el historiador José Moreno Villa para designar las modalidades artísticas híbridas con fuerte influencia indígena que se ejecutaron en México principalmente en el siglo XVI. Al respecto puntualiza la doctora Vargas Lugo: "Portadas tequitqui: son las que presentan una novedosa combinación de formas románicas, góticas, mudéjares, platerescas, herrerianas, renacentistas y hasta indígenas con peculiar acento nativo."

En este aspecto había reparado ya don Manuel Toussaint, pues en su libro

Arte Colonial en México, escribe lo siguiente:

Hay en ella una mezcla de influencias verdaderamente singular. La encuadra un alfiz, y todo el espacio ocupado por este alfiz está cubierto por un entrelace de fajas y estrellas de sabor netamente mudéjar: dos medallones con las cruces flordelisadas de los dominicos en la parte alta, dos escudos carolininos, y al centro un nicho con imagen. El arco carpanel rebajado con arquivuelta vigorosamente ornamentada, de modo que el conjunto es de neto sabor plateresco; las molduras del alfiz son de perfil gótico. Puede asegurarse, además, que en la mano de obra intervinieron artífices indios, ya que los diversos elementos de la portada están interpretados de modo distinto, según cada cantero lo sintió.

Otros historiadores como, por ejemplo, don Manuel Romero de Terreros, se han encargado de aportar diversos datos de interés sobre la iglesia y el convento. Este señala, entre muchas otras cosas, el deplorable saqueo, vandalismo, abandono y transformaciones que han sufrido estos venerables monumentos, sobre todo en el transcurso de los dos últimos siglos. Nosotros, con más conciencia y conocimiento del valor de estas joyas heredadas de nuestro rico pasado, no debemos permitir su fatal deterioro sino, al contrario, promover su conservación y continuidad para el bien de las generaciones que nos sucederán.

Bibliografía

Álvarez Noguera, José Rogelio. *El patrimonio cultural del Estado de México. Primer ensayo*, Biblioteca Enciclopédica del Estado de México, México, 1981.

Anunciación, fray Domingo de la., "Parecer de fray Domingo de la Anunciación, sobre en modo que tenían de tributar los



Portada de la iglesia.

indios en tiempos de la gentilidad. Chimalhuacán, cabecera de la provincia de Chalco, a 20 de septiembre de 1554", en *Epistolario de Nueva España 1505-1818*, recopilado por Francisco del Paso y Troncoso, tomo VII, Antigua librería Robredo, México, 1940, pp. 259-266.

Burgoa, fray Francisco de, *Palestra historial de virtudes y ejemplares apostólicos...*, Juan Ruiz, México, 1670; tercera edición, Editorial Porrúa, México, 1989.

Caballero-Barnard, José Manuel, *Los conventos del Siglo XVI en el Estado de México*, Dirección de Turismo del Gobierno del Estado de México, 1972.

Carral Cusi, Francisco, "Proyecto de eco-museo de San Vicente Chimalhuacán, Municipio de Ozumba, México (Docu-

mento para discusión)", mecanografiado inédito, fechado el 20 de octubre de 1992.

Dávila Padilla, fray Agustín, *Historia de la fundación y discurso de la provincia de Santiago de México, de la orden de Predicadores*, tercera edición, Editorial Academia Literaria, México, 1955. [Primera edición, 1596]

Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Editorial Porrúa, México, 1977, 2 vols.

Fernández, Martha, "La arquitectura monástica de la orden de Santo Domingo", en *El arte mexicano*, SEP-Salvat, México, 1982, tomo 5, Arte colonial, 1.

Gibson, Charles, *Los aztecas bajo el domi-*



San Vicente Ferrer con el hábito de la orden dominicana.

nio español: 1519-1810, Siglo XXI Editores, México, 1986.

Instituto Nacional de Antropología e Historia, *Catálogo Nacional. Monumentos históricos inmuebles. Estado de México*, tomo II.

Romero de Terreros, Manuel, "El convento dominicano de Chimalhuacan, Chalco", en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, núm. 30, UNAM, México, 1961, pp. 91-96.

Toussaint, Manuel, *Arte colonial en México*, quinta edición, UNAM, México, 1990.

Tovar de Teresa, Guillermo, *Renacimiento en México: artistas y retablos*, SAHOP, México, 1982.

Vargas Lugo, Elisa, *Portadas religiosas de México*, segunda edición, UNAM, México, 1986.

Vázquez de Tapia, Bernardino, "Relación de méritos y servicios del conquistador...", en *La conquista de Tenochtitlan*, edición de Germán Vázquez, Historia 16, Madrid, 1988, pp. 131-154.

Vera, Fortino Hipólito, *Itinerario parroquial del Arzobispado de México y reseña histórica, geográfica y estadística de las parroquias del mismo Arzobispado*, primera edición, Amecameca, 1880. Reimpreso en Biblioteca Enciclopédica del Estado de México, México, 1981.